

DIRECTOR:
Gonzalo Tejerina Arias

CONSEJO DE REDACCION:

Emilio Andreu
Luis A. Marcos
Antonio Calvo
José M. Vegas
Carlos Díaz
José Angel Moreno
José M. Alonso
Lidia Parrilla

ADMINISTRACION:

Gainza, 19, 5º dcha.
28041 MADRID

DEPOSITO LEGAL:

M-3949/1986

IMPRIME:

Notigraf, S. A., San Dalmacio, 8
Pol. Ind. Villaverde. Tfños: 798 58 61 - 798 59 61
28021 MADRID

Suscripción anual
(tres números al año): 800 pts.



EDITORIAL

EL PROBLEMA DEL MAL

El mal es una planta con hondas raíces, como una rata, como un virus infectocontagiosa y pandémico, como aquello que no se extirpa, y cuando menos florido se suponía más vuelve a rebrotar. En ocasiones el mal crece tanto que nos sofoca, se enreda como venenosa enredadera, y nos hace malos, malos como el mal mismo. Se diría entonces muchas veces que la desesperación consiste en creer imposible la vuelta al estado anterior, y ello mueve a tirar la toalla enlazándose nupcialmente con lo destructor. Es el malhadado juego del destructor destruido, jugando a destruido destructor.

Y sin embargo hasta el más desesperado quiere ser querido, todo el mundo sabe de sobra que la forma más escandalosa de reclamar atención es hacer la bestia. Asimismo, clamorosos miedos se han visto coronados por acciones supuestamente heroicas. Por la calle andan mil laureados por el miedo, después de haber llenado de horror a otros más débiles.

Levantas el puchero y es verdad que ves bien por todas partes, pero no es falso que el mal rápidamente derrama su fetidez a modo de sahumero corrosivo por todos los rincones de tu casa.

Verdaderamente sorprendente: Pero ¿de dónde ha salido tanto mal? ¿Quién lo ha puesto allí? ¿Cómo echarle fuera, cómo largarlo?

Tampoco es infrecuente que el mal que expulsas por la puerta se te cuele por la ventana. Ni falta quien lo reciba de forma fortuita: Hemos comprobado que paga el pato quien menos lo piensas, simplemente porque ese pato estaba algo cojo.

El mal es un curioso espejo deformante, te miras en él y ves la imagen de otro. Eres tú, pero tan deformado, que no le reconocerás a no ser que te esfuerces. El mal hincha tus facciones, pone cara de ave, desarrolla un cuello de jirafa. Todas tus jirafas, todos tus miedos, todos tus temores y humescencias forman ese pintoresco conglomerado que los espejos cóncavos, convexos o simplemente espejistas te devuelven.

Hermano, no puedes ir más allá del bien y del mal, porque se pone tu pijama. Te acuestas con él, y a la del alba reflota su insidia. Nuestra piel quiere mudar, pero no es posible.

Sin embargo también hay en cada cual una experiencia de ángel, aunque sea a veces



cansada. Llorando por no ver el sol suele perderse su luz, pero también el llanto es purificador. Trabajando en proyectos que sabes utópicos pero dan sentido te cansas y curvas sobre el texto escrito, pero sabes que lo mejor de él está dictado por el amor, y que lo escrito derecho entre sus torcidos renglones es bueno.

Tú sabes, hermano, que tu tópico está sembrado de utopías, y que no hay noche a la que el día no siga. Y los pequeños gestos o las supuestamente grandes gestas avalan tu voluntad de unidad, tu deseo de verdad, tu querencia hacia la bondad, tu andadura hacia la belleza. Tienes todos los números para ver que hay en ti tantas cosas grandes, que sólo un grande podría tenerlas. Es tu ángel, tu mejor parte, la que dice sí a la realidad y con ella se compromete, y en ella se gaza. Eres tú.

¡Cuántas veces has sentido que tu pecho sobrenada de nostalgia, que una melancolía infinita te domina, que eres saudade y anhelo, presencia no colmada, todo eso que quieres porque quieres querer y estás sin querer queriendo...! Si los psiquiatras que en el mundo han sido hubieran dado con la clave de ese bien que quieres (mientras haces lo que no decías querer) se hubieran forrado ellos y nos hubieran hecho un favor a nosotros. Pero las consultas se llenan buscando allí el amor que no encontramos.

Ahora bien, estando la pelota en el tejado, pudiendo ladearse hacia ésta o la contraria ladera, mientras tanto vamos mirando hacia lo alto. Todo animal sano quiere lo mejor, porque su bien llama a lo mejor. La insania no domina al mundo hasta el punto de que sea noticia que un hombre muerda a un perro. No es noticia que una madre quiera a su hijo, y eso es buena noticia.

El día no ha llegado en que podamos considerarnos impecables. Sodomistas y gomorrinos saben (sabemos) que a su lado algún pájaro trina, algún niño ríe, algún buen hombre ayuda, alguna anciana se consume mirando a sus nietos.

No sabemos cómo, pero sabemos que tenemos que aprender: A dominar la naturaleza sin herirla de muerte, a comerciar sin hacer del mercado un fin en sí mismo, a prosperar sin avanzar y en todo caso de la mano del prójimo. Sabemos que sería hermoso que el buitre predador se convirtiese en paloma irénica, pero esperamos a que los demás comiencen, mientras nosotros nos acomodamos en la platea, mitad buitres mitad soldados. Y sabemos decir yankee go home, mientras instalamos un misil en nuestro propio pecho adamita.

Pero tenemos voluntad de continuar adelante, de ser niños, de que nos quieran, de hacer las cosas lo mejor posible, a pesar de todos los cantos de sirena de un mundo que termina su segundo milenio viendo venir el impero de Narciso, toda vez que de Agamenón nada se quiere, y la voz de Abraham no se conoce. Lenin no pertenece ya al decorado de una posmodernidad que no quiere ni oír hablar de cambio profundo, y que no está dispuesta a aguzar sus sentidos hasta el límite del revolucionario que oye crecer la hierba, nada menos.

Para quien quiere el bien, sin embargo, la revolución será siempre una asignatura pendiente, y esto no le hará abandonar el colegio. La revolución es como decía Mounier: Será espiritual o no será, será material o no será. Y será ambas juntamente, o nada será. Quien ama el bien y aborrece el mal no puede considerarse posmoderno, por mucho que lo diga.

El mal que es Thanatos lucha contra el bien que es Eros, de acuerdo. Y nosotros pasamos nuestra vida perdiendo a veces, ganando en ocasiones. Ahora bien, la batalla final aún no ha tenido lugar. Mientras, como dice Pedro Provencio en **El mal en la cultura del bien-estar**, hoy todo el mundo juega a ir de ganador sin impartirle otra cosa que la victoria, hay otra forma que es menos espectacular de ganar, la de hacer el bien sin mirar a quien, la de trabajar con las mejores armas para las mejores causas (armas desarmadas,



causas las de los últimos), la de acumular si es menester mil derrotas mirando a esa victoria. Cuenta por milenios el alcance histórico de sus gestos quien encamina sus gestos en la dirección del bien, a pesar de que de cuando en cuando parezca alanceado o derrotado haciémisticamente en sus salidas reiteradas por los campos de Montiel.

Hay derrotas que honran, y hay victorias que acusan. No diremos nunca que la victoria del consumo sea la victoria del hombre, ni creemos que estamos obligados a comprar las veinte colonias seguidas que nos ofrece El Ente Público entre cada trozo de película para merecer la estimación de la hembra de turno. Deseamos nuestra victoria, pero no a cualquier precio. Deseamos el Deseo, que no siempre vemos cumplido en los deseos.

Cuando, según leemos en el artículo de Pako Etxebeste **De la plusvalía al progreso: Presente, pasado y futuro del mal social**, la concepción ético-antropológica de la doctrina neoliberal, hoy en auge en la mayoría de las políticas económicas de los Estados que se enfrentan a la crisis es muy reduccionista, es muy depauperadora ¿tendremos que hacer de tripas corazón y dejar que una ola de neoliberalismo nos invada, votando lo que sea como si fuéramos de tiro al plato, o tendremos que optar por el bien aunque sea a la larga generando una nueva cultura y viviendo en ella, con ella, y desde ella? Quien opte por esta dirección probablemente no cabalgará a lomo de multitudes, ni quien proponga el partido de los solidarios aunque sea perdiendo para que todos ganen podrá beneficiarse del aplauso común, pero si él lo hace su derrota habrá sido magnífica, y aunque el mundo perezca se abrirá categóricamente el cielo.

Se trata de apostar por el bien: **Se trata de apostar por el bien mirando hacia adelante**, en la convicción incluso de que a quien así no lo hace ha de salirle el tiro por la culata, porque no apostar por el bien mirando hacia adelante es lo mismo que hacer el mal por la espalda (el mal, dicho sea entre paréntesis y un poco en voz baja, sólo se hace a traición, porque su cáncer se sirve del bien al que parasita y en el que anida: Es mal traidor).

Mucha gente, como es obvio, quiere ver recompensada su heroica acción, o sin llegar a tanto su olímpico gesto, o aun su simple buena voluntad, esperando que su bondad se vea recompensada. Y no aguanta que al bien que ella propició no le salga el boleto conteniendo premio, antes al contrario, de su gesto bello se desprendan para ella malestares, complicaciones, dolores, y padecimientos. Es entonces cuando se cansa la gente, y vuelve rápidamente al egoísmo personal y al egoísmo de todos, al egoísmo que ve en la superficie, para justificar su retirada, e incluso para justificarla con buena conciencia, pues ahora ya se cree exonerada de responsabilidades. No está para tender la mano setenta veces siete.

Otra gente busca rápido el responsable en lo alto y señala con dedo acusador. Reprocha a Dios todo lo malo del mundo: Es la actitud que se mueve en la antípoda del Emmanuel, Cruz con nosotros, Dios y hombre verdadero que asume desde la cruz solidaria los males del mundo incitando al hombre a trabajar por la liberación hasta el final, como se muestra en el artículo de Antonio Andrés **Ontología y teología del mal**. Nadie ha predicado tanto con el ejemplo como el Crucificado por el bien hasta la máxima extenuación, y nadie se ha opuesto con tanta intensidad a la presencia del maligno. Su muerte resucitada es la esperanza y la presencia del Bien Con Nosotros.

Este es también el sentido de fondo del artículo de Gonzalo Tejerina sobre la relación entre lo humano y lo malo: **Lo malo es inhumano**. Y no es humano cuando no está suficientemente referido a lo que completa todas las potencialidades del hombre, cuando destruye lo que nos hace ser hombres, lo que nos eleva por encima de nosotros mismos, que eso es el amor. Por lo demás, si hay alguna experiencia que pudiéramos caracterizar de abierta, de creativa, de dialogante y de fecunda, es la del amor. Cuando este amor no se cierra al misterio del ser, cuando no se ceba en la immanencia como su última fuente de



recursos, entonces es un amor capaz de amar, vale decir, dispuesto a trabajar como sea contra el odio.

El Instituto Emmanuel Mounier también desea desde su flagrante miseria y la pequeñez de sus fuerzas trabajar contra el desorden establecido y contra el que trata de establecerse. Lleva las dimensiones de su ingenuidad hasta el límite de pensar que los pequeños también pueden, y esa convicción no le impulsa a permanecer pequeño, sino hacia lo grande que en lo pequeño mora e inhabita. Desde esta óptica el presente número, que estrena o remodela formato, es una manera de decir que la bondad y la belleza deseadas se encuentran en una amistosa relación de armoniosa vecindad.

Y, como se dice en los testimonios, el no tomar conciencia de la omisión del bien debido, la pereza, es una dimensión mala de la siempre buena belleza. Queremos ser bellos, en la medida en que también buenos trabajadores de las causas grandes.

No sólo el día llegará, hermanos; es que estamos en ello, ya nos ha cogido el día con las manos en la masa, precisamente a nosotros cuyo barro es como es. Este referéndum lo vamos a ganar: ¿No oís cómo? Ya despunta el gallo de la aurora.